

A RITMO LENTO

ALEJANDRO PORRAS SEGOVIA

Modalidad de Narrativa

▪

SED

ALEJANDRO BUTRÓN IBÁÑEZ

Modalidad de Texto dramático

▪

GRANADA
2017

© ALEJANDRO PORRAS SEGOVIA

© ALEJANDRO BUTRÓN IBÁÚEZ

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

ISBN: 978-84-338-6024-8 • Depósito legal: Gr./898-2017

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja. Granada

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: José María Medina Alvea. Granada

Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote. Granada

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

A RITMO LENTO

ALEJANDRO PORRAS SEGOVIA

N A R R A T I V A

Batería

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Estás mirándolo?

Yo seguía con los ojos cerrados. Estaba en mi casa. Lo sabía. Pero yo no tenía la impresión de estar dentro de nada.

—Es verdaderamente extraordinario—dije.

Raymond Carver, *Catedral*.

Para empezar, no necesitábamos ningún batería. Mi novia y yo siempre nos habíamos bastado nosotros solos, ella cantando y yo a la guitarra. Formamos un buen dúo, música *indie* sobre todo. No es que podamos ganarnos la vida con esto, pero a veces nos llaman para tocar en algún pub y sacamos un dinero extra mientras terminamos la carrera. Hasta que el mes pasado nos salió un bolo para tocar en la sala El Tren y a ella se le metió en la cabeza que necesitábamos un acompañamiento de batería. Tenía un amigo que era baterista y le llamó para invitarle a ensayar con nosotros, lo cual no me hizo ninguna gracia.

No me fiaba de aquel tipo. Resulta que le faltaba una pierna. ¡Un baterista con una sola pierna! No sabía mucho de baterías, pero sí sabía que tienen dos pedales y me figuré que para pisar dos pedales se necesitarían dos piernas. Pensé que no debía de ser muy bueno y que la gente lo contrataba precisamente porque le faltaba una pierna, porque seguro que aquello quedaba bien para vender entradas.

Laura lo conoció cuando cantaba en un grupo de flamenco fusión. Yo no soporto el flamenco y tampoco me hace mucha gracia la fusión. Cada vez que ella se ponía a hablar de sus días en aquella banda, yo tenía que esforzarme por disimular interés, asentir de vez en cuando y sonreír sin ganas. No ayudaba que siempre sacara el tema del baterista. «Nacho es muy gracioso, tendrías que oírle contar el chiste del cura granadino», «Nacho lo ha pasado muy mal en la vida, pero aun así sigue adelante», y cosas así. Me explicó que había perdido la pierna en un accidente de moto, al chocarse contra el quitamiedos. Había empezado a tocar la batería después de aquello, como si no hubiera podido encontrar un instrumento en el que no hiciera falta usar las piernas.

Los tres no habíamos llegado a quedar nunca, pero ellos dos mantenían el contacto. Se llamaban en las ocasiones especiales, quedaban de cuando en cuando y, sobre todo, se escribían a través de *Whatsapp*. A veces, Laura soltaba una risita mientras miraba el móvil por debajo de la mesa y yo sabía que estaba hablando con él. En alguna ocasión, traté de leer sus mensajes cuando ella dejaba el móvil sin supervisión, pero le había puesto un patrón de bloqueo y, por muchas combinaciones que intenté, no conseguí descifrarlo.

El tal Nacho vino a nuestro local de ensayo la noche después de que mi novia lo llamase. Aparcó en la puerta su furgoneta destartalada y Laura y yo salimos a recibirle. Se bajó del asiento del conductor de un salto, apoyando una mano en la puerta y otra en el volante. Mi novia enseguida se le echó a los brazos.

—¡Cuánto tiempo, Nacho! Muchas gracias por venir.

—Gracias a ti por invitarme, tontina —le pasó la mano por la cabeza, despeinándola.

Yo carraspeé. Nacho pareció reparar por fin en mí y se me acercó dando un saltito.

—¿Qué pasa, tío? —me tendió la mano abierta en el aire y se la choqué con desgana.

El tipo era bastante joven, sólo un poco mayor que nosotros, pero aun así el pelo rubio le empezaba a clarear en la frente y en la coronilla. No pude evitar mirar hacia abajo. Llevaba un pantalón corto con la pernera izquierda cosida un poco por encima de la rodilla, dibujando la forma del muñón. No llevaba prótesis, ni tampoco muletas. Simplemente andaba a la pata coja. Laura me explicó después que para los trayectos largos usaba muletas, pero para cuando no tenía que andar mucho prefería tener las manos libres. Había probado a usar prótesis, pero le hacían rozaduras en el muñón o algo parecido.

Empezamos a descargar la batería de la furgoneta y a meterla en el local. Cogí el bombo, que parecía lo más pesado. Él cargó con los timbales, uno en cada mano, como si pesaran un suspiro y los metió dando saltitos. Antes de que yo entrase, ya estaba de vuelta a por más. Con la misma velocidad, fue ensamblando las piezas en el poco espacio disponible dentro del local. El sitio era simplemente un garaje que olía siempre a humedad. En las paredes forradas con cajas de huevos habíamos colgados algunos pósteres de Angus & Julia Stone, Franz Ferdinand y los Arctic Monkeys. También teníamos un sofá casi nuevo que encontramos en la basura. La verdad es que aquella batería Tama, de un rojo vino reluciente, le daba un toque profesional al lugar.

—Oye, muchas gracias por ayudarnos con esto, de verdad —le repitió Laura.

Mi novia se dejó caer en el sofá y con un gesto de la mano le invitó a sentarse a su lado. Yo me senté en una silla enfrente de ambos.

—¡Ya ves tú! Tenía ganas de verte y de volver a tocar en público. Ahora me llaman sobre todo para hacer grabaciones de estudio.

—¿Y has vuelto a grabar con alguien importante?

—Pues hace poco estuve con Juan Pinilla y puede que el mes que viene me llamen para grabar algo con José Mercé.

—¿De verdad? —Laura le sonrió mientras se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

Se pasaron hablando así una media hora, sin que yo apenas abriera la boca. ¿Qué podía decir si no hablaban más que de flamenco? Sólo les miraba, mordiéndome la uña del pulgar izquierdo, como hago siempre que estoy nervioso. El sofá era pequeño, pero aun así me pareció que se apretaban demasiado.

Por fin nos levantamos y empezamos a tocar. Descubrí cómo se las apañaba para tocar con una sola pierna: los platillos del *charles* estaban fijados en posición de cerrado, como si el pedal izquierdo estuviera siempre pisado. No poder abrir y cerrar los platillos no suponía una gran pérdida y para el pedal del bombo no tenía problema. Laura le dijo que tocara un ritmo básico, para acompañarnos en nuestra versión al castellano y sin violines de *Big Jet Plane*, pero Nacho enseguida comenzó a lucirse. Lo llenaba todo de *fills* inverosímiles e improvisaba cuando le daba la gana. Se balanceaba adelante y atrás en el taburete, moviendo todo su cuerpo al son de la música, como si estuviera en trance. El golpeteo metálico de la caja ahogaba el sonido de la voz de Laura, pero ella parecía conforme. Le miraba de vez en cuando y asentía.

Yo perdí pronto el hilo. No conseguía adaptarme al ritmo impuesto por la batería, ni siquiera era capaz de percibir un compás regular entre tanta floritura.

Después de un par de horas de ensayo, Laura dijo que necesitaba un descanso. Le picaba la garganta.

—¿Por qué no seguís vosotros un rato más?

Se sentó en el sofá y se bebió un vaso de agua a pequeños sorbos.

—Yo estoy un poco cansado—comencé a decir.

—Venga, te hace falta ensayar más —dijo ella, ladeando mucho la cabeza mientras me miraba.

No tuve más remedio que hacerle caso. Nacho y yo nos quedamos mientras ella hacía de público. El tenerla allí sentada mirándonos no hacía sino ponerme más nervioso. Prestaba más atención a la dirección de sus ojos que a los trastes de la guitarra. A pesar del ruido que estábamos armando, en cuanto se echó hacia atrás en el sofá se quedó dormida. A ella nunca le ha estorbado la música para conciliar el sueño. Aunque ya no estaba mirándome, yo seguía fallando una y otra vez en los mismos compases. Nacho no dijo nada, pero adiviné lo que estaría pensando. Me excusé diciendo que no estaba acostumbrando a tocar con un batería.

—¿Por qué no pruebas a tocarla un rato? —me propuso.

—¿Qué?

—La batería. Te ayudará, ya verás.

Se levantó del taburete apoyándose en el timbal base y me cedió su asiento.

Después de vacilar unos segundos, me encogí de hombros, apoyé la guitarra contra la pared y me senté. Nacho estaba de pie, sostenido por su única pierna.

—¿No prefieres sentarte? —dije, señalando el sofá.

—No, estoy bien así.

Me tendió las baquetas. Estaban ennegrecidas por el uso y tenían la punta gastada. Se inclinó sobre mí y me enseñó a cogerlas, haciendo un fulcro entre el pulgar y el

índice, a golpear con un movimiento de muñeca y no de brazo, y a pisar el pedal del bombo con la punta del pie. Me explicó el ritmo más básico: mientras el pie derecho se encargaba del bombo, las manos debían cruzarse, derecha golpeando el *charles* situado a mi izquierda, izquierda golpeando la caja que tenía enfrente. Todo parecía innecesariamente complicado. Lo intenté unas cuantas veces, pero no conseguí pasar del primer compás; lo poco que lograba tocar sonaba desastroso. Nacho me seguía animando, «venga, inténtalo otra vez, no pasa nada». Su amabilidad me ponía nervioso. Descargué un fuerte golpe desde el hombro contra el parche. Habría querido atravesarlo.

—No, así no —se limitó a decirme, sin rastro de enfado—. Tienes que golpear con la muñeca, ¿recuerdas?

Solté las baquetas sobre la caja y una de ellas rodó hasta el suelo.

—Es más difícil de lo que creía. No sé cómo puedes hacerlo... —estuve a punto de añadir «con una sola pierna», pero me contuve.

—Tienes que dejarte arrastrar por el ritmo, como si bailaras. Muchos bateristas prefieren mantener la postura, muy rectos en el sillín. —Se puso firme, como un soldado—. Mi profesor siempre me lo decía, pero yo no puedo estar me quieto, tengo que moverme con la música —hizo como si tocara una batería en el aire con amplios movimientos—. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Yo no entendía una palabra. Me encogí de hombros y me agaché a recoger la baqueta perdida.

—Tengo que ir a mear, luego seguimos.

Se fue dando saltitos hasta el baño y cerró la puerta. Suspiré y volví a levantar las baquetas, pero antes de golpearlas se me ocurrió probar algo. Miré la puerta del baño, que continuaba cerrada, y después miré a Laura,

que seguía dormida en el sofá, su pecho levantándose levemente con cada inspiración. Cuando hube comprobado que nadie me observaba, flexioné la pierna izquierda y me senté sobre ella en el taburete. Sólo el pie derecho me unía al suelo. Me acomodé lo mejor que pude, moviendo la cadera a un lado y a otro, y comencé a tocar. Cuando levanté la pierna derecha para pisar el pedal del bombo, todo mi cuerpo se echó hacia delante y sentí que iba a caerme, pero el golpe de las baquetas compensó el movimiento y me devolvió a mi posición, y de nuevo vuelta a empezar. Me balanceaba adelante y atrás mientras castigaba los parches con golpes irregulares. Me sentía torpe y estúpido, pero pensé que debía seguir tocando. Después de repetirlo unas cuantas veces, empecé a notar un patrón fijo en los movimientos y ese patrón me ayudó a mantener un ritmo más o menos regular. Aquello empezaba a parecerse a un baile, en el que el balanceo de mi cuerpo me dictaba los pasos. Llegó un momento en que me olvidé de mirarme las manos, de mirar la batería, de mirar alrededor. No sabía dónde estaba, sólo sentía el ritmo en alguna parte dentro de mí.

El ruido de la puerta al abrirse me sobresaltó. Dejé de tocar y bajé rápidamente la pierna izquierda del taburete. Nacho sonrió y se acercó a mí.

—Te he estado escuchando desde el baño. Ahora suena mucho mejor, ¿lo has notado?

Suspiré y le miré a los ojos.

—Sí, suena genial —dije.